

para todas las aptitudes y laboratorios para todas las inteligencias; aumentar el salario, disminuir el trabajo, equilibrar el debe y el haber; en una palabra, conseguir que despida el aparato social más claridad y más bienestar en beneficio de los que padecen y de los ignorantes.

Todo esto, sin embargo, no es más que un principio. La verdadera cuestión es ésta: el trabajo no puede ser una ley sin ser un derecho.

Si la naturaleza se llama Providencia, la sociedad debe llamarse Previsión.

El crecimiento intelectual y moral es tan indispensable como el mejoramiento material. El saber es un viático, el pensar es la primera necesidad, la verdad alimenta como el trigo. La razón, cuando sufre el ayuno de la ciencia y de la reflexión, enflaquece. Compadezcamos, como á los estómagos, á los espíritus que no comen. Si hay algo más doloroso que el cuerpo que agoniza por falta de alimento, es el alma que muere por falta de luz.

El progreso tiende á la solución del problema. Llegará el día en que todo el mundo se asombre. El género humano, ascendiendo siempre, conseguirá que sus capas más profundas salgan naturalmente de la zona de la desgracia. La desaparición de la miseria se verificará por la simple elevación del nivel.

Nadie puede dudar de esta gran solución. Ciertamente es que lo pasado conserva aun mucha vida en el momento que escribimos. Revive, y el rejuvenecimiento de su cadáver es cosa sorprendente. Anda y se acerca; parece triunfante; es un muerto conquistador; llega con sus legiones, que son las supersticiones; con su espada, que es el despotismo; con su bandera, que es la ignorancia; en poco tiempo gana diez batallas; avanza, amenaza, se rie y está á nuestras puertas. Pero nosotros no desesperamos. Vendamos el terreno que ocupa el campamento de Aníbal.

Los que creemos, ¿qué podemos temer?

No hay retroceso en las ideas, como no lo hay en los ríos.

Reflexionen los que no quieren que amanezca el porvenir: negando el progreso no condenan el porvenir, sino á sí mismos. Se crean sombría enfermedad; se inoculan el mal de lo pasado. No existe más que un solo modo de negarse á ser Mañana: morir.

Nosotros no deseamos ninguna muerte: la del cuerpo, lo más tarde posible; la

del alma, nunca. El enigma dirá la palabra; la esfinge hablará; el problema quedará resuelto. El pueblo que bosquejó el siglo diez y ocho, lo perfeccionará el siglo diez y nueve. El que lo niegue será idiota. La perfección futura, el estado próximo al bienestar universal, es un fenómeno divinamente fatal.

Los hechos humanos se rigen por inmensos empujes simultáneos que los ponen en un tiempo dado en su estado lógico; es decir, en equilibrio; es decir, que los conduce á la equidad. Fuerza que participa de celestial y de terrestre dá por resultado la humanidad, y la goberna: esta fuerza hace milagros, y para ella los desenlaces maravillosos no son más difíciles que las peripecias extraordinarias; con el auxilio de la ciencia, que viene del hombre, y con el del acontecimiento, que viene de otra parte, no le asustan las contradicciones en la enunciación de los problemas que al vulgo le parecen imposibles: no es menos hábil para sacar una solución de la afinidad de ideas que para sacar una enseñanza de la afinidad de los hechos; y todo se debe esperar del misterioso poder del progreso, que un día pone al Oriente frente al Occidente en el fondo de un sepulcro y hace conversar á los imanes con Bonaparte en el interior de la gran pirámide.

Esperando avanzar más cada día no nos paremos, no nos detengamos en la grandiosa marcha de los espíritus. La filosofía social es esencialmente la ciencia de la paz; tiene por objeto y debe tener por resultado la disolución de las iras por medio del estudio de los antagonismos; examina, escudriña, analiza y después recompone; procede por vía de reducción, separando siempre el odio.

Hemos visto más de una vez desaparecer ciudades; la historia está llena de naufragios de imperios y de pueblos; costumbres, leyes, religiones, todo desaparece, el día menos pensado, ante la furia del huracán desconocido que pasa arrasándolo todo.

Las civilizaciones de la India, de la Caldea, de Persia, de Asiria y de Egipto desaparecieron una tras otra. Por qué? Lo ignoramos. ¿Qué causas produjeron esos desastres? No lo sabemos. ¿Hubieron podido salvarse esas sociedades? ¿Tuvieron ellas la culpa de su destrucción? ¿Alimentaron algún vicio fatal que las perdió? ¿En qué cantidad entra el suicidio en las muertes terribles de una na-

ción y de una raza? Cuestiones son estas á las que no se puede contestar.

Espesa noche cubría á las civilizaciones condenadas. Hacían agua, puesto que se fueron á fondo. No podemos decir otra cosa. Miramos con cierto asombro en el fondo del mar, que se llama pasado, y detrás de las olas colosales, que se llaman siglos, cómo zozobran los inmensos buques que se llaman Babilonia, Nive, Tarsis, Tebas y Roma, azotados por los furiosos aquilones que salen de todas las bocas de las tinieblas.

Pero esas tinieblas se quedan allí; aquí tenemos claridad, tenemos luz. Ignoramos los males de las civilizaciones antiguas, pero conocemos las enfermedades de nuestra civilización; podemos contemplar sus bellezas y poner al descubierto sus deformidades. Donde encontramos un dolor lo sondeamos, y después de consignar el padecimiento, el estudio de su causa nos encamina al descubrimiento del remedio. Nuestra civilización, que es obra de veinte siglos, es un monstruo y un prodigio al mismo tiempo, y vale la pena de que la salvemos, y la salvaremos. Conseguir consolarla ya es mucho, pero iluminarla es mucho más. Todos los trabajos de la filosofía social moderna deben dirigirse hácia ese punto. El pensador moderno tiene que cumplir el gran deber de auscultar la civilización.

Dicha auscultación es un estímulo, é insistiendo en este estímulo vamos á terminar estas páginas, que es el entreacto austero del drama doloroso. En la mortalidad social se descubre que es imperecedera la humanidad. Porque el globo tenga aquí y allí esas heridas que se llaman cráteres, y esas herpes que se llaman solfataras; porque haya un volcán que se abra y arroje su pus, el globo no muere. Los males del pueblo no matan al hombre; sin embargo, el que estudia la clínica social tiembla á cada instante. Los más fuertes, como los más sensibles y como los más lógicos, tienen sus horas de desfallecimiento.

Llegará el porvenir? Bien podemos preguntarlo al descubrir sombras tan terribles. Sombras faz á faz de los egoístas y de los miserables. En los egoístas las preocupaciones, las tinieblas de una educación rica; el apetito que aumenta la embriaguez; el aturdimiento de la prosperidad, que asombra; el temor de padecer, que en algunos llega hasta inspirarles aversión los que padecen; la satisfacción implacable y el *yo*, tan hinchado,

que cierra las puertas del alma. En los miserables la ambición, la envidia, el odio, que proviene de ver gozar á los demás; las profundas sacudidas de la fiera humana hácia la saciedad del apetito; los corazones llenos de tristeza, la fatalidad, la necesidad y la ignorancia simple ó la impura.

Debemos continuar elevando los ojos al cielo, porque el punto luminoso que en él se distingue no debe ser de los que se apagan.

Es terrible ver así perdido lo ideal en las profundidades, diminuto, aislado y brillante, pero amagado por las grandes amenazas negras que se amontonan monstruosamente á su alrededor, y que, esto no obstante, no corre más peligro que la estrella que se vé asaltada por las nubes.

LIBRO OCTAVO.

Encanto y desconsuelo.

I.

Plena luz.

Sin duda alguna habrá comprendido el lector que cuando Eponina conoció, al través de la verja, al inquilino de la calle de Plumet, á cuya casa la envió la Magnon, quiso alejar de ella á los bandidos y condujo hasta allí á Mario. Este, después de pasar muchos días en éxtasis ante la verja del jardín, impulsado por la fuerza que arrastra el hierro hácia el imán y el amante hácia el domicilio de su amor, acabó por introducirse en el jardín de Cosette, como Romeo en el jardín de Julieta.

Pero le fué más fácil que á Romeo; éste tuvo que escalar una pared y Mario no hizo más que forzar un poco una de las barras de la verja decrepita, que vacilaba en su alvéolo enmohecido, como los dientes de los viejos. Mario era delgado y pudo pasar por entre los hierros. Como la calle estaba siempre desierta y él solo entraba de noche en el jardín, no corría peligro de que le viesen.

Desde la hora bendita y santa en la que un beso unió dos almas, Mario seguía yendo al jardín de Cosette: si ésta, en aquel período de su vida, hubiera correspondido á un hombre poco escrupuloso ó libertino, se hubiera perdido para

siempre, porque hay naturalezas generosas que se entregan por completo, y la de Cosette era una de ellas. Una de las magnanimidades de la mujer consiste en ceder. Cuando el amor llega á la altura en que es absoluto, se complica con la celestial ceguedad del pudor y corren grandes peligros las almas nobles. Muchas veces dan el corazón y los hombres toman el cuerpo, y se quedan ellas con el corazón, mirándole y temblando en la oscuridad. El amor no tiene término medio; ó pierde ó salva. El destino humano se encierra en este dilema, que ninguna fatalidad plantea tan inexorablemente como el amor. El amor dá la vida ó la muerte; es cuna, pero también es tumba. El mismo sentimiento dice que sí ó que no en el corazón humano. De todas las cosas que Dios creó, el corazón es la que despide más luz, pero también la que sume en mayor oscuridad.

Dios quiso que Cosette encontrase uno de esos amores que salvan.

Durante el mes de Mayo de 1832 se encontraron todas las noches en el jardín semisalvaje, bajo el follaje, cada día más espeso y más embalsamado, dos seres castos é inocentes, sumergidos en felicidades celestiales, más cerca de los arcángeles que de los hombres, embriagados y esplendentes en medio de la oscuridad. Parecíale á Cosette que sobre la frente de Mario brillaba una corona, y á Mario que ceñía un nimbo la cabeza de Cosette.

Se miraban, se tocaban, se cogían las manos, se estrechaban uno contra otro; pero había una distancia que no acortaban, no porque se respetasen, sino porque la desconocían.

A Mario le servía de barrera la pureza de Cosette, y á Cosette le servía de apoyo la lealtad de Mario. Su primer beso fué el último.

Después Mario solo tocaba con los labios la mano ó el vestido ó un bucle de Cosette, que era para él un perfume, no una mujer: la aspiraba. Ella nada le negaba, porque él nada la pedía; ella era feliz y él estaba satisfecho. Vivían en el dichoso estado que pudiera llamarse el deslumbramiento de un alma por otra; en el inefable abrazo en lo ideal de dos virginidades; eran dos cisnes que se encontraban en las aguas de la pureza.

En el período del amor, en que el deleite se calla absolutamente, supeditado por el éxtasis, Mario hubiera sido capaz de entrar antes en una casa *non sancta*

que de levantar el vestido de Cosette á la altura del tobillo. En una ocasión, á la luz de la luna, Cosette se bajó á coger algo del suelo, se entreabrió su corsé y dejó descubierto el nacimiento del cuello. Mario apartó la vista de ella. ¿Qué pasaba entre aquellos dos seres? Nada. Se adoraban.

Cuando estaban allí por la noche, el jardín parecía un lugar vivo y sagrado. Las flores se abrían alrededor de ellos y les enviaban sus perfumes, y ellos abrían las almas y las derramaban sobre las flores. Aquella vigorosa y ardiente vejección temblaba llena de savia y de alegría en torno de los dos seres inocentes, y éstos se decían palabras amorosas que hacían estremecer á los árboles. ¿Qué palabras eran esas? Soplos, nada más; pero estos soplos bastaban para conmover y turbar á aquella naturaleza. Ese poder mágico sería comprensible apenas si se leyese en un libro esas conversaciones que nacen para ser arrastradas y disipadas como humo por el viento que agita las hojas. Quitad á los murmullos de dos amantes la melodía que sale del alma y que les acompaña como una lira, y no queda nada de su diálogo; porque solo quedan de él niñeces, repeticiones, risas sin motivo, inutilidades, tonterías, lo más sublime y lo más profundo, las únicas cosas que merecen decirse y escucharse.

El hombre que jamás ha dicho ni escuchado esas tonterías y esas pequeñeces, ó es un imbécil ó es un hombre perverso.

—Sabes que me llamo Eufrosia? decía la joven.

—Eufrosia? No; te llamas Cosette.

—Cosette es un nombre muy feo que me pusieron cuando era niña, pero mi verdadero nombre es Eufrosia. ¿No te gusta?

—Sí... pero Cosette no es feo.

—Te gusta más que Eufrosia?

—Pero... sí.

—Entonces también á mí me gusta más. Es verdad, es muy bonito Cosette. Llámame Cosette.

La sonrisa que acompañaba á esas palabras convertía este diálogo en un idilio digno de un bosque que estuviese en el cielo.

Otras veces la joven miraba fijamente á Mario y exclamaba:

—Eres muy guapo, tienes mucho talento, eres más sabio que yo, pero te desafío á querer.

Mario estaba embebecido.

Ella le daba un golpecito porque tosa, diciéndole con gracioso mohín:

—No tosas, que no quiero que nadie tosa en mi casa sin mi permiso. No está bien que tosas para inquietarme. Quiero que estés bueno, porque si enfermaras sería yo muy desgraciada. ¿Qué había de hacer?

Mario dijo una vez á su adorada:

—Figúrate que yo creía que te llamabas Ursula.

Esto les hizo reír toda la noche.

Otra vez exclamó Mario:

—Un día, en el Luxemburgo, tuve deseos de acabar de estropear á un inválido.

Se detuvo y no fué más allá, porque hubiera tenido que hablar á Cosette de la liga, y esto le era imposible. Se interponía entre ellos una especie de barrera desconocida, la carne, ante la que retrocedía como con temor sagrado aquel amor inocente.

Mario se figuraba que vivir con Cosette era ir todas las noches al jardín de la calle Plumet, sentarse á su lado en el banco, poner en contacto el pliegue de la rodilla del pantalón con la falda de Cosette, acariciarla la uña del dedo pulgar, hablarse de tú y aspirar uno después de otro el perfume de la misma flor indefinidamente.

Entre tanto las nubes pasaban sobre ellos por el horizonte. El viento, cuando sopla, arrastra más sueños del hombre que nubes del cielo.

Aquellos castos y casi hurraños amores no rechazaban la galantería en absoluto. "Hacer cumplimientos," á la persona querida es el primer modo de acariciar; es un ensayo de audacia.

El cumplimento obsequioso es como un beso que se dá al través del velo. La voluptuosidad envuelve en él su germen, ocultándose; en la voluptuosidad el corazón retrocede para amar mejor. Las galanterías de Mario, saturadas de quimeras, eran, por decirlo así, celestes. Los pájaros, cuando vuelan por extraordinarias alturas, cerca de los ángeles, deben oír palabras como esas; en ellas, sin embargo, transpiraba la vida, la humanidad y toda la cantidad de positivismo de que Mario era capaz.

Lo que se decían en la gruta era el preludio de lo que se dice en la alcoba; una efusión lírica, la estrofa interpolada con el soneto; las caballerescas hipérbolas del arrullo; los refinamientos de la adoración formando un ramillete y exhalando

subtil y celestial perfume; el inefable susurro de corazón á corazón.

—Oh! exclamaba Mario; ¡qué hermosa eres! No me atrevo á mirarte. Por eso te contemplo. Eres una de las tres Gracias. No sé lo que tengo. El bajo de tu vestido, cuando asoma la punta del pie, me trastorna. Desprendes resplandor cuando se entreabre tu pensamiento. Hablas siempre con asombroso juicio. Hay momentos en los que me parece que eres un sueño. Habla, que te escucho y te admiro. Estoy verdaderamente loco de amor, porque eres digna de adoración. Estudio tus pies con el microscopio y tu alma con el telescopio.

Cosette respondía:

—Ahora te quiero un poquito más por el tiempo que ha pasado desde esta mañana.

Cosette era la sencillez, la ingenuidad, la transparencia, la blancura, el candor, la luz; podría decirse que era diáfana. Causaba al que la veía sensación semejante á la que producen el Abril y la aurora; en sus ojos aparecía el rocío; era la condensación del resplandor boreal bajo la forma de mujer.

Se comprendía que adorándola Mario la admirase. La verdad es que la colegiala, tierna flor del convento, hablaba con penetración exquisita y decía á cada instante frases exactas y delicadas; no se engañaba en ninguna materia, y acertaba á decir siempre lo justo. La mujer siente y habla con el tierno instinto del corazón, que es infalible, y nadie puede decir cosas que sean tiernas y profundas á la vez como la mujer.

Gozando los dos amantes de plena felicidad, les asomaban á cada momento lágrimas á los ojos.

El insectillo aplastado, la pluma caída del nido, la rama de un árbol rota los estremecía, y su éxtasis, dulcemente impregnado de melancolía, parecía que solo deseaba una lágrima. El síntoma inequívoco del amor es el enternecimiento, casi insoportable algunas veces.

Después de esto, porque tales contradicciones son el juego de los relámpagos amorosos, se reían espontáneamente y con expansiva libertad, y tan familiarmente que parecían dos niños. Sin embargo, aunque lo ignoraban, sus corazones rebosaban castidad; en ellos vivía la naturaleza inolvidable. Vivía con su objeto brutal y sublime, y por grande que sea la inocencia de las almas, se apercibe en la conversación íntima más púdica el

adorable y misterioso matiz que diferencia á dos amantes de dos amigos.

Se idolatraban.

Lo permanente y lo inmutable subsisten. Los amantes se adoran, se sonríen, se acarician, se tutean, se entrelazan los dedos de las manos, y todo esto no se opone á la eternidad. Los amantes se esconden al anochecer en el crepúsculo, en lo invisible, como los pájaros y las rosas; se fascinan uno á otro en la oscuridad con sus corazones, que ven clarear en los ojos; murmuran, cuchichean, y entre tanto el grandioso oscilamiento de los astros llena el infinito.

II.

El aturdimiento de la felicidad completa.

Los dos amantes vivían asombrados de su felicidad y ni siquiera se habían fijado en que el cólera diezmará á París precisamente en aquel mes.

Se habían hecho todas las confianzas posibles. Mario dijo á Cosette que era huérfano, que se llamaba Mario Pontmercy, que era abogado, que vivía de escribir para los editores, que su difunto padre fué coronel y héroe, que estaba refido con su abuelo, que era hombre rico. Le indicó también que era baron, pero su título no produjo ningun efecto en Cosette. No comprendía que Mario fuese baron, no sabía lo que quería decir esa palabra. Para ella, Mario era Mario.

Cosette le refirió que se había educado en el convento del Petit-Picpus, que no tenía madre, que su padre se llamaba el señor Fauchelevent, que era muy bueno, que daba muchas limosnas, y á pesar de esto era pobre; que se privaba de todo, pero que á ella no la privaba de nada.

Le halagaba tanto á Mario la vida desde que visitaba á Cosette, que su pasado, hasta lo más reciente, le parecía tan confuso y lejano, que lo que Cosette le confiaba le satisfacía plenamente. Ni siquiera pensó en hablarla de la aventura nocturna del caseron de Thenardier, de la quemadura del señor Blanco, de su actitud extraña y su singular fuga.

Mario había olvidado todo esto; no sabía por la noche lo que había hecho por la mañana, ni recordaba dónde almorzó, ni con quién había hablado; tenía en los oídos una música que le ensordecía para todo lo demás; solo existía las horas en que veía y hablaba á Cosette.

Como entonces estaba en el cielo, era natural que olvidase la tierra. Los dos llevaban lánguidamente el peso indefinible de las voluptuosidades inmateriales. De ese modo viven esos sonámbulos que se llaman enamorados.

¿Quién no ha pasado por esa situación? ¿Por qué llega la hora de salir de ese paraíso? ¿Por qué la vida continúa despues?

El amor reemplaza casi al pensamiento; es un completo olvido de todo lo demás. No pidais, pues, lógica á la pasión. No hay encadenamiento lógico absoluto en el corazon humano, como no hay ninguna figura geométrica perfecta en la mecánica celeste.

Para Cosette y para Mario no existían en el mundo más que el uno y el otro: á su alrededor el universo había caído en un abismo. Vivían en un minuto de oro. No miraban adelante ni atrás: Mario apenas pensaba que Cosette tenía padre. En su cerebro había como un deslumbramiento que todo lo borra. ¿De qué hablaban aquellos amantes? Ya lo hemos dicho: de las flores, de las golondrinas, del sol poniente, de la salida de la luna, de todas las cosas importantes; se lo decían todo, esto es, el todo de los enamorados, que es nada. El padre, las realidades, la madriguera de Thenardier, la emboscada, los bandidos, ¿qué les importaba? ¿Tenían seguridad de que había existido aquel sueño? Eran dos, se adoraban; esto era lo real, lo demás no existía para ellos. Posible es que el desvanecimiento del infierno detrás de nosotros sea inherente á la llegada al paraíso. ¿Acaso se han visto los demonios? Los ha habido? Se tuvo miedo? Se sufrió? Ya no se sabe, porque todo eso lo tapa una nube de color de rosa.

De este modo vivían á una gran altura Mario y Cosette con toda la inverosimilitud que puede haber en la naturaleza, sin estar en el nadir ni en el zenit, entre los hombres y los serafines, sobre el fango y bajo el éter, en las nubes; denotando apenas ser de carne y hueso; siendo alma y éxtasis desde los piés á la cabeza; demasiado sublimes para andar por la tierra, pero con bastante humanidad para poder desaparecer por lo etéreo; vivían en suspension, como átomos que esperan el precipitado; fuera del destino en la apariencia; ignorando la miseria del ayer, del hoy y del mañana; maravillados, pasmados y flotantes, aligerándose por momentos para desapa-

recer en el infinito, casi dispuestos ó levantar el vuelo eterno.

Algunas veces, aunque Cosette era hermosa, Mario cerraba los ojos al mirarla, porque cerrando los ojos es como mejor se vé el alma.

Mario y Cosette no se preguntaban á dónde irían á parar. Se creían haber llegado ya. Los hombres tienen la extraña pretension de querer que el amor conduzca á alguna parte.

III.

Principia la oscuridad.

Juan Valjean nada sospechaba del amor de su ahijada. Cosette, algo menos soñadora que Mario, estaba alegre, y esto le bastaba á Juan Valjean para ser feliz. Los pensamientos de Cosette, sus tiernas ilusiones, la imágen de su adorado, que conservaba grabada en el corazon, no perjudicaban á la pureza incomparable de su frente hermosa y casta. Se encontraba en la edad en que la vírgen lleva el amor como el ángel la azucena. Juan Valjean estaba, pues, tranquilo.

Además, cuando dos amantes se entienden, es fácil desorientar á un tercero que podía turbar su amor, al que ciegan las precauciones que saben tomar los enamorados. Cosette nunca se oponía á lo que deseaba Juan Valjean. ¿Quería pasear? Paseaba. ¿Quería quedarse en casa? A ella le parecía muy bien. ¿Quería pasar la noche al lado de Cosette? Esta se alegraba.

Cuando Juan Valjean se retiraba á las diez de la noche, Mario no iba al jardín hasta despues de esa hora, y no entraba hasta que oía desde la calle que Cosette abría la puerta vidriera de la escalinata.

De dia nunca iba Mario á la calle Plumet.

Juan Valjean ya no se acordaba de que existía semejante hombre.

Solo una mañana dijo á su ahijada:

—Calla! ¡tienes la espalda sucia de yeso!...

La noche anterior, Mario, en un momento de transporte, había estrechado á Cosette contra la pared.

La tia Santos, que se acostaba muy temprano, solo pensaba en dormir cuando terminaba sus ocupaciones, y lo ignoraba todo como Juan Valjean.

Mario no subía á la casa, y cuando estaba en el jardín con Cosette se escondía

en una rinconada cerca de la escalinata, para que no le viesen ni oyesen desde la calle. Allí se sentaban, contentándose muchas noches con apretarse las manos veinte veces por minuto, contemplando las ramas de los árboles.

En aquellos momentos, aunque cayera un rayo á treinta pasos de ellos no lo notarian; de tal manera absorbía cada uno el profundo pensamiento del otro.

La anchura del jardín los separaba de la calle. Cada vez que Mario entraba y salía ajustaba con gran cuidado la barra de la verja de modo que nada se conociese.

Ordinariamente se iba á la media noche y se dirigía á casa de Courfeyrac.

Courfeyrac decía á Bahorel:

—Lo creerás? Mario se retira ahora á la una de la mañana.

Bahorel le respondía:

—Qué quieres! cuando menos se piensa salta la liebre.

Algunas veces Courfeyrac cruzaba los brazos, y poniéndose sério, le decía á Mario:

—Te veo muy perdido, jóven!...

Courfeyrac, que era hombre práctico, no veía con buenos ojos el reflejo de un paraíso invisible en Mario: estaba poco acostumbrado á las pasiones inéditas; se impacientaba y hacía muchas reflexiones á Mario para que volviese á la vida real.

Una mañana le dirigió esta pregunta:

—Me parece que te has instalado en la luna, reino del delirio y provincia de la ilusion. Vamos, sé razonable y dime quién es ella.

Pero no le fué posible conseguir que se lo confiase Mario; antes éste se hubiera dejado arrancar las uñas que pronunciar una de las tres sílabas sagradas que componían el nombre de Cosette. El verdadero amor es luminoso como la aurora y silencioso como la tumba.

Courfeyrac había notado que Mario guardaba singular taciturnidad.

En el alegre mes de Mayo, Mario y Cosette descubrieron inmensas felicidades.

Refirir y hablarse de vos, con el objeto de hablarse despues de tú con más placer.

Hablar con extension y con minuciosos detalles de personas que no les importaban, lo que es una prueba más de que en la ópera arrebatadora que se llama amor, el libreto significa muy poco; escuchar, juntando las rodillas, el ruido de los coches que pasaban por la

calle de Babilonia; contemplar el mismo planeta en el cielo, ó el mismo gusano de luz en la tierra; callarse á un tiempo, que es placer mayor aun que el de conversar, etc. etc.

Una noche que Mario iba á acudir á la cita por el boulevard de los Inválidos, con la cabeza inclinada, como tenia por costumbre, al volver la esquina de la calle Plumet oyó que le decian:

—Buenas noches, señor Mario.

Levantó la cabeza y conoció á Eponina, que le causó extraña impresión.

Ni una sola vez habia pensado en aquella muchacha desde el dia que le acompañó á la calle Plumet; no la habia vuelto á ver y la habia olvidado enteramente. Tenia motivos para guardarle gratitud, porque la debia su felicidad presente, y, sin embargo, le disgustó encontrarla.

Es un error creer que la pasion, cuando es pura y feliz, acerca al hombre al estado de perfeccion; le conduce simplemente á un estado de olvido: en esa situacion el hombre se olvida de ser malo, pero tambien se olvida de ser bueno. El agradecimiento, el deber y otros muchos recuerdos se desvanecen en él. En otras circunstancias Mario hubiera hablado á Eponina de distinta manera. Absorbido su pensamiento en sus amores, ni siquiera recordaba que aquella jóven se llamaba Thenardier y llevaba el apellido que dejó escrito su padre en su testamento, apellido por el que se hubiera sacrificado generosamente algunos meses antes.

Preguntó, pues, á la jóven con aire indiferente:

—Ah! Sois vos, Eponina?

—Por qué no me tuteais? ¿Os he ofendido en algo?

—No, respondió Mario.

No tenia el menor resentimiento de ella; al contrario, le debia estar agradecido. Pero comprendia que debia obrar así: hablando de tú á Cosette, debia hablar de vos á Eponina.

—Decidme...

La hija de Thenardier dejó de hablar de pronto. Parecia que no encontraba palabras aquella pobre criatura, tan locuaz y tan atrevida en otro tiempo.

Trató de sonreír y no pudo, y le preguntó:

—Y bien...?

Despues calló otra vez y bajó los ojos.

—Buenas noches, señor Mario, dijo luego de repente, y se fué.

IV.

Cah roule en inglés y tamború en caló.

Al dia siguiente, 3 de Junio de 1832, fecha que consignamos por estar suspendidos en ella sobre Paris graves acontecimientos, como preñadas nubes próximas á descargar, Mario, al anocheecer, seguia el mismo camino de la vispera, con el regocijo de siempre, cuando vió por entre los árboles del boulevard á Eponina que se dirigia hácia él. Entonces Mario salió del boulevard y cambió de camino, encaminándose á la calle de Plumet por la de Monsieur.

Eponina le siguió hasta la calle Plumet, lo que nunca habia hecho, contentándose con verle pasar por el boulevard sin ir á su encuentro.

Eponina le siguió sin que él lo supiese; le vió cómo separaba el hierro de la verja y entrar en el jardin.

—Calla! exclamó; entra en la casa!...

Se acercó á la verja, tentó los hierros uno despues de otro y encontró con facilidad el que facilitaba la entrada á Mario.

Entonces exclamó con lúgubre acento:

—Nada de eso, Lisette!...

Se sentó en el estribo de la reja y al lado del hierro de entrada, como si lo estuviese custodiando; aquel punto era el extremo de la verja que tocaba en la casa próxima y formaba un ángulo oscuro, en el que se escondia Eponina.

En él permaneció más de una hora sin moverse y sin respirar, entregada á sus pensamientos.

Hácia las diez de la noche, una de las dos ó tres personas que pasaban por la calle Plumet, que era un viejo que se habia retardado y que pasaba muy de prisa por aquel desierto terrible, oyó una voz sorda y amenazadora que decia:

—¡No extraño que venga todas las noches!...

El transeunte miró á su alrededor; no viendo á nadie, y no atreviéndose á mirar al rincón oscuro, tuvo miedo y apresuró el paso.

El anciano transeunte hizo bien en salir de allí corriendo, porque un minuto despues, seis hombres, que andaban á corta distancia unos de otros, á lo largo de la pared, entraron en la calle Plumet.

El primero que llegó á la verja del jardin se paró, esperando á los otros; poco despues estaban ya reunidos los seis y empezaron á hablar en voz baja.

—Aquí es, dijo uno de ellos.

—¿Hay algun tamború (perro) en el jardin?

—No lo sé; para ese caso traigo una bolita que le haremos tragar.

—¿Has traído la pasta para romper la ventana?

—Sí.

—La verja es vieja, dijo el quinto, que tenia voz de ventrílocuo.

—Tanto mejor, repuso uno de ellos; así no la hará chillar la lima y nos costará poco de franquear.

Uno de los hombres, que aun no habia hablado, examinaba atentamente la verja, como hizo Eponina una hora antes, empuñando cada hierro sucesivamente y moviéndolos con precaucion; en cuanto llegó al que Mario quitaba todas las noches, fué á cogerlo, y una mano que salió bruscamente de la oscuridad le agarró por el brazo; al mismo tiempo sintió que le rechazaban, dándole un golpe en el pecho, y oyó una voz que sin gritar le decia:

—Hay aquí un tamború.

En seguida vió delante de él una jóven pálida.

El hombre experimentó la conmocion que causa siempre lo inesperado. Se erizó de terror, y nada hay tan horrible como las fieras inquietas; su aspecto espanta. Retrocedió, murmurando:

—Quién será esa pícara?

—Vuestra hija.

En efecto, Eponina era la que hablaba á Thenardier.

Al ver aparecer á Eponina, los otros cinco hombres, Suena-dinero, Traga-mar, Babet, Montparnasse y Brujon se acercaron silenciosamente y con lentitud siniestra de feroces bandidos. Llevaban repugnantes instrumentos. Traga-mar tenia en la mano una de esas pinzas cortas que los vagos llaman tenaza.

—Qué haces ahí? Tratas de oponerte? Estás loca? exclamó Thenardier, gritando cuanto se puede gritar en voz baja. Pretendes impedir que trabajemos?

Eponina se echó á reír y se arrojó al cuello de su padre.

—Estoy aquí, padrecito mio, porque estoy aquí, sentada en este rincón oscuro; vos sí que no debíais estar aquí. Es inútil que vengais, porque ya le dije yo á la Magnon que esto es un bizcocho. Aquí no se puede trabajar. Pero abrazadme, querido papá. ¡Hace mucho tiempo que no os he visto! ¡Ya veo que estais libre!...

Thenardier trató de desembarazarse de los brazos de su hija y murmuró:

—Está bien, me has abrazado ya y basta; ya ves que salí de la sombra. Ahora vete.

Eponina no cesaba de acariciarle.

—Papaíto, ¿cómo habeis conseguido escapar? Se necesita mucho ingenio para haberse fugado de allí. Contádmelo. Dónde está mi madre? Dadme noticias de mi mamá.

—Está buena; no lo sé; déjame; te digo que te vayas, le respondió Thenardier.

—No quiero irme, le contestó su hija haciendo un mimo de niño enfadado; es mucha crueldad despedirme cuando hace cuatro meses que no os he visto y cuando apenas he tenido tiempo de abrazaros.

Eponina volvió á echarse al cuello de su padre.

—Vaya una tonta! exclamó Babet.

—Despachemos, repuso Traga-mar, que pueden venir los corchetes.

Eponina volvió la cabeza hácia los cinco bandidos, exclamando:

—Calla! Aquí está el señor Brujon.

Buenos dias, señor Babet. Buenas noches, señor Suena-dinero. ¿No me conocéis, señor Traga-mar? ¿Cómo estás, Montparnasse?

—Sí, se acuerdan de tí. Dá los buenos dias y las buenas noches y lárgate pronto de aquí. Déjanos en paz.

—Esta es la hora de los lobos y no la de las gallinas, le contestó Montparnasse.

—Ya ves que hemos de trabajar aquí.

Eponina le cogió la mano á Montparnasse.

—Ten cuidado! la dijo éste: te vas á cortar. Llevo la navaja abierta.

—Mi querido Montparnasse, respondió Eponina tiernamente, es preciso tener confianza en las personas, y yo soy hija de mi padre. Babet y Traga-mar, yo me encargué de dar á luz este negocio.

Luego, apretando con su mano, huesosa y débil como la de un esqueleto, los gruesos dedos de Traga-mar, continuó:

—Ya sabeis que no soy tonta y que os he prestado servicios muchas veces. Pues bien; he tomado informes y sé que os exponeis inútilmente. Os juro que nada podeis sacar de esta casa.

—Solo hay mujeres, objetó Traga-mar.

—Hoy no: los inquilinos de antes se han mudado.

—Pero no las luces, repuso Babet, enseñando á Eponina al través de las co-

pas de los árboles una luz que se paseaba por la buhardilla del pabellón.

Era la tía Santos que velaba aun y estaba poniendo á secar la ropa.

Eponina tentó el último recurso:

—Pues bien; la gente que vive aquí es muy pobre; no tiene dinero.

—Vete al diablo! exclamó Thenardier. Despues que registremos toda la casa ya sabrás si tienen ó no tienen parnés.

La dió un empujon para poder entrar.

—Montparnasse, te lo ruego, tú que eres buen muchacho, no entres.

—Lárgate, mujer: deja que los hombres hagan sus negocios, dijo Thenardier con tono decisivo.

Eponina soltó la mano de Montparnasse, que habia cogido otra vez, y preguntó:

—¿Os empeñais, pues, en entrar en esta casa?

—Algo hay de eso, contestó mofándose el ventrílocuo.

Entonces Eponina se recostó en la verja, afrontando á los seis bandidos, que iban armados hasta los dientes, y les dijo en voz baja, pero firme:

—Pues bien, no quiero que entreis.

Los bandidos se detuvieron asombrados; el ventrílocuo dejó de reír; ella continuó hablando:

—Oid lo que os voy á decir, que hablo ahora seriamente. Si entráis en el jardín, si solo tocáis esta verja, grito, llamo á las puertas, despierto á los vecinos, llamo á los agentes de policía y os hago prender.

—Lo haria como lo dice, murmuró Thenardier en voz baja á Brujon y al ventrílocuo.

Eponina movió la cabeza y añadió:

—Empezando por mi padre!

Thenardier se aproximó á ella.

—No tan cerca, repuso su hija, rechazándolo.

El retrocedió, murmurando entre dientes:—No la comprendo!... Y en voz más alta la apostrofó, diciéndola:—Perra! riendo de un modo horrible.

—Seré lo que queráis, pero no entraréis. No soy hija de perro, soy hija de lobo. Sois seis hombres, pero no me importa; yo soy una mujer y no me causais miedo; marchaos. No entraréis en esta casa, porque yo no quiero. Si os acercáis, ladro; ya os he dicho que soy el perro. Seguid vuestro camino, que ya me fastidiáis. Andando; largo de aquí.

Dió un paso hácia los bandidos; estaba horrible y se reía.

—Os digo que no os tengo miedo. ¿Serán brutos estos hombres, que creen que asustan á una mujer porque tienen queridas ladronas que se esconden bajo la cama en cuanto ellos alzan el gallo? Yo no tengo miedo á nada! ¡Ni á vos, padre! añadió mirando fijamente á Thenardier.

Despues prosiguió, paseando sobre los bandidos sus ojos sanguinolentos:

—Lo mismo me dá que me encuentren mañana en la calle Plumet asesinada á puñaladas por mi padre, ó que me recojan dentro de un año en las redes de Saint-Cloud ó en la isla de los Cisnes, entre taponos viejos y podridos de corcho y entre perros ahogados.

Al llegar aquí la obligó á pararse violento ataque de tos seca que la acometió; la respiracion la salia del pecho como un estertor.

Despues de una pausa prosiguió:

—Daré gritos, acudirán los corchetes y os echarán las garras. Vosotros sois seis, pero yo soy todo el mundo.

Thenardier hizo un movimiento para abalanzarse sobre su hija.

—Acercaos! gritó ella amenazándole. Thenardier se detuvo y la dijo con suavidad:

—Pues bien; no me acercaré, pero no hables tan alto. Es preciso que trabajemos, hija, porque nos hemos de ganar la vida. No quieres á tu padre?

—Me estais fastidiando!

—Es preciso vivir y comer...

—Por mí ya podeis reventar.

Eponina apoyó el codo sobre la rodilla y la barba en la mano y empezó á menear el pié con indiferencia. El farol próximo alumbraba su actitud y su perfil; no podia verse nada tan resuelto y tan sorprendente.

Los seis bandidos, admirados y sombríos al ver que los detenía una muchacha, se retiraron á lo más oscuro de la calle y celebraron consejo, levantando los hombros, humillados y furiosos.

Ella les contemplaba con expresion pacífica y feroz.

—Por algo obra de ese modo, dijo Babet. Se habrá enamorado del perro? Es una lástima que abandonemos este trabajo. ¡Dos mujeres y un viejo que vive en un traspatio, con buenas cortinas en las ventanas! El viejo debe ser judío. Me parecia un buen negocio...

—Pues bien, entrad vosotros, contestó Montparnasse; trabajad, que yo me

quedaré con la muchacha, y si chista... Dijo esto haciendo relucir á la luz del farol la navaja que conservaba abierta.

Thenardier callaba; parecia dispuesto á todo.

Brujon, que tenia algo de oráculo y era el inventor de este golpe de mano, no habia hablado aun. Estaba pensativo, á pesar de gozar fama de no retroceder ante ningun obstáculo y á pesar de saberse que por bravata robó una vez un cuerpo de guardia de la policía. Componia además versos y canciones, y esto le daba gran autoridad entre los bandidos.

Babet le preguntó:

—Cuál es tu opinion? No dices nada?

Brujon quedó un rato silencioso y por fin se decidió á hablar:

—Esta mañana he encontrado dos gorriones dándose de picotazos y esta noche tropiezo con una mujer que nos riñe. Las dos cosas son de mal agüero. Vámonos.

Dichas las anteriores palabras, se fueron los bandidos.

Al marcharse, Montparnasse dijo al oído á Babet:

—Pues yo no hubiera tenido inconveniente en darla el golpe de gracia.

—Pues yo sí, porque yo no zurro á las señoras, le contestó Babet.

Al llegar al fin de la calle se detuvieron y cambiaron entre ellos con acento sordo este diálogo enigmático:

—Dónde iremos á dormir esta noche?

—A Pantin (Paris).

—¿Llevas la llave de la verja, Thenardier?

—Vaya!

Eponina, que no los perdía de vista, los vió tomar el camino que siguieron al venir. Despues se fué arrastrándose tras ellos, arrimada á las paredes y á las casas: así los siguió hasta el boulevard. En él se separaron los bandidos, perdiéndose en la oscuridad como si se fundieran en ella.

V.

Cosas de la noche.

En cuanto se marcharon los bandidos, la calle Plumet recobró su tranquilo aspecto nocturno.

Lo que acababa de pasar en ella no hubiera asombrado en un bosque. El arbolado, los sotos, los brezos, las ramas ásperamente cruzadas, las yerbas altas, todo esto está dotado de cierta vida som-

bría; el hormigueo salvaje entrevé allí súbitas apariciones de lo invisible; lo que está por debajo del hombre distingue, á través de la bruma, lo que está por encima, y las cosas que ignoramos nosotros los vivos se miran cara á cara allí durante la noche. La naturaleza, erizada y fosca, se asusta al ver la aproximacion de ciertas cosas, en las que cree percibir lo sobrenatural.

Las fuerzas de la oscuridad se conocen y tienen entre ellas misteriosos equilibrios. Los dientes y las garras temen á lo que es incogible. La bestialidad sedienta de sangre, los voraces apetitos que buscan su presa, los instintos armados de uñas, de mandíbulas, que tienen el vientre por principio y por fin, miran y olfatean con inquietud el impasible perfil del espectro que vaga cubierto con un sudario, y les parece que vive con vida muerta y terrible.

Esas brutalidades, que solo son materia, temen confusamente tener que habérselas con la inmensa oscuridad, condenada en un sér desconocido. Una figura negra, que se atraviesa al paso, detiene instantáneamente á una bestia feroz. Lo que sale del cementerio intimida y desconcierta á lo que sale del antro; lo feroz tiene miedo á lo siniestro; los lobos retroceden ante el encuentro de un gaznate abierto.

VI.

Mario se despierta.

Mientras Eponina hacia guardia en la verja y los seis bandidos retrocedían ante una muchacha, Mario estaba al lado de su idolatrada Cosette.

Jamás, para nuestro enamorado, estuvo ninguna noche el cielo tan estrellado ni tan hermoso; jamás los pájaros se habian dormido entre las hojas con tan suaves arrullos; jamás las armonías de la serenidad universal habian correspondido mejor á las melodías interiores de su corazón; jamás Mario estuvo tan conmovido, tan extasiado, ni fué tan feliz. Pero encontró á Cosette triste: habia llorado; se le conocia en los ojos.

Esta fué la primera nube que anubló su límpido sueño.

Mario la preguntó:

—¿Qué tienes?

—Te lo voy á decir, respondió ella.

Sentóse en el banco de la escalinata, y mientras él se sentaba á su lado temblando, le dijo Cosette: